

# Folletos anarquistas en papel veneciano

## *Anarchist pamphlets in venetian paper*

**Christian Ferrer**

Sociólogo e professor na Universidade de Buenos Aires.  
Contato: cferrer@fibertel.com.ar.

### **RESUMO:**

Nesse ensaio, o autor nos conta sobre acontecimentos que foram, simultaneamente, importantes e obscuros envolvendo uma rede de anarquistas expatriados no Brasil, Argentina e Uruguai entre finais do século XIX e começos do século XX. O ponto de partida para tal narrativa foi o inesperado achado, numa quase esquecida livraria de Buenos Aires, de uma encadernação contendo jornais e panfletos anarquistas que haviam estabelecidos suas conexões e experimentos no tumultuoso fluxo transatlântico de ideias e corpos insurgentes de mulheres e homens. O leitor é apresentado a um incrível leque de personagens, com foco em práticas como a da Colônia Cecília, no Brasil, o movimento anarco-sindicalista na Argentina, a defesa do “amor livre” como estilo de vida por corajosos(as) mulheres e homens, além de outros episódios instigantes que afirmam a atualidade daqueles ideias e experiências.

Palavras-chave: Anarquismo na América do Sul, Amor Livre, Colônia Cecília.

### **ABSTRACT:**

*In this essay, the author recounts happenings simultaneously important and obscure of the intricate net of expatriated anarchists in Brazil, Argentina and Uruguay during the late years of the nineteenth century and the beginning of the twentieth century. The initial point of his narrative is the unexpected finding, in an almost forgotten Buenos Aires' bookshop, of a brochure which gathered newspapers and printed flyers by anarchists who had established their connections and experiences in a tumultuous transatlantic flow of ideas and insurgent women and men. The reader is introduced to an array of incredible characters, focusing on their practices such as the Colonia Cecilia, in Brazil, the anarcosindicalist movement in Argentina, the defense of the “free love” way of life by brave women and men and other provoking episodes which affirm the actuality of those ideas and experiences.*

*Keyword: Anarchism in South America, Free Love, Colonia Cecilia.*

FERRER, Christian (2017). Folletos anarquistas en papel veneciano. *Revista Ecológica*, São Paulo, n. 18, mai-ago, pp. 02-45.

Recebido em 10 de janeiro de 2017. Confirmado para publicação em 18 de maio de 2017.

## Pueyrredón, casi San Luis

Los folletos que integran este libro fueron encontrados en una librería de viejos y usados que en otro tiempo existió en Pueyrredón, casi en esquina con San Luis. Si doy precisión de calles es porque, a pesar de su cercanía con varias casas de estudio, nadie que yo conociera parece haberla visitado. No estaba ubicada en un lugar del todo propicio, pues la extensa avenida Pueyrredón es casi toda ella zona “comercial” y desde siempre allí se alinean, uno tras otro, locales de venta de vituallas, vestimentas, enseres, y otros objetos de los que se sobreentiende su utilidad. De modo que la librería pasaba desapercibida, se diría disimulada por el flujo continuo de gente apremiada vaya a saber uno porqué. Así son las ciudades: carruseles sin contento ni reposo. Lo cierto es que esa librería, algo escorada y ya vetusta, no invitaba a ingresar, al igual que sucede con esas casas de barrio que no han sido apuntaladas ni redecoradas en mucho tiempo. El pasillo de entrada era largo y los volúmenes de papel arracimados en las dos vidrieras que lo escoltaban no solían ser renovados, conviviendo al unísono algún título sugerente con decenas imposibles de vender. Adentro era igual. Dado que en esa calle el costo de una llave de comercio siempre fue cuantioso, por no decir prohibitivo, mucho más para este tipo de negocios, quizás el sitio le perteneciera al librero, un hombre mayor e impasible. No era muy comunicativo. Sólo estaba allí. En mi recuerdo se llamaba “señor Binderman”. Un día cualquiera, inevitablemente, la librería desapareció de la vista. Así también ciertos barcos, que hinchán sus velas sólo en vida de su capitán.

## “Con amor”

En el año 1981, todavía en tiempos de la última dictadura, la prestigiosa casa editora Losada publicó un libro en Buenos Aires. Se llamaba *Anarquistas, gracias a Dios*, y la autora – Zelia Gattai –,

brasileña, era una desconocida en este país. También en el suyo, pues *Anarquistas, graças a Deus* fue su estreno literario y ella tenía por entonces 63 años de edad. El libro está dedicado, en primer lugar, “a Jorge, con amor”. También está dedicado a doña Angelina Da Col y a don Ernesto Gattai, sus padres.

## “Yo”

En mi tercera o cuarta visita a esa librería de viejos y usados, una vez que se me hizo muy cuesta arriba seguir escarbando laderas de anaqueles en busca de gemas elusivas entre tanta ganga acumulada sin orden ni concierto, y ya convencido de que ese yacimiento había sido saqueado de lo que alguna vez pudo haber tenido algo de valor, pregunté al dueño por ciertos temas de mi interés. Mencioné, entre otros, al anarquismo, palabra deslizada con cierta cautela, una más entre otras. ¿Podría haber libros de esa “temática” en su librería? Por primera vez noté en el hombre una mirada atenta, escrutadora. Se alzó de su silla de madera y se dirigió, siempre en silencio, hacia un “atrás”, no a otro cuarto sino a la vuelta de un panel de libros que oficiaba de separador entre la nave principal de su dominio y una zona retirada, no permitida al cliente. Pronto regresó con un tomo encuadernado y me lo tendió, dejándome en suspenso. También su ánimo se había transformado. Parecía complacido, predispuesto a observar. No era un libro, sino una encuadernación –forrada en papel veneciano– que contenía publicaciones de los años 1895 y 1896. Era material antiguo y supe de inmediato que me lo iba a llevar, costara lo que costara, aunque por un instante temí que no estuviera en venta. De los catorce folletos cosidos en lomo, cuatro tenían sello de imprentas españolas, pero el resto había sido editado en Buenos Aires en un tiempo en que los anarquistas convencidos no debían ser más de cien o doscientos, la mayoría llegados desde el otro lado del mar. La mitad de las publicaciones pertenecía a un grupo de

afinidad llamado “La Expropiación”, y la otra mitad se correspondía con el sello “Biblioteca de La Questione Sociale”. Alguno estaba en idioma extranjero. Tres integraban la colección “Propaganda emancipadora entre las mujeres”, y un folleto en particular, cuya existencia no me era desconocida pero al que nunca había visto, se llamaba “Un episodio de amor en la Colonia Socialista Cecilia”. Tanto al inicio como al final de la encuadernación había varias páginas en blanco. En la primera estaba escrito un nombre, seguramente el de quien decidió congregarlos a todos juntos: F. Denambride. Y tras el último folleto esta misma persona había enlistado, en tinta china y numerándolos con caracteres romanos, los títulos de cada uno de los folletos. Le fue necesario añadir al orden uno que se le había traspapelado, justamente el del episodio de amor. Un lapsus quizás, secuela postrera de un suceso violento sucedido en 1896 y del cual fue protagonista. Sólo había otra inscripción, hacia la mitad de la encuadernación, en la contratapa de uno de los folletos, que rezaba: “Viva la Anarquía y Mueran los Usureros”. La firmaba “Yo”.

## **Lo malo en sí mismo**

Piotr Kropotkin y Soledad Gustavo y Juan Montseny y Ana Mozzoni y Giovanni Rossi no cuentan en la historia de las ideas. Fichas de prontuario entonces, fantasmas de biblioteca hoy. Una vez abismados en su orco junto a esos réprobos anteriores a los que tanto les gustaba conmemorar, su caso quedó a cargo de eruditos y memoriosos, sin que su enigma político haya sido revelado ni cancelado del todo. De tanto en tanto, gente venidera presta atención, pues bajo tierra, los huesos, siguen haciendo ruido. Su declive fue menos consecuencia de la inviabilidad o el infortunio que de una pertinaz voluntad de no adaptarse a lo inaceptable. Dado que no eran seres diestros en gradientes ni estaban interesados en evolucionar “con la época” o en recurrir a medios bastardos que deslegitimaran el fin procurado, su eventual

supresión era aceptada como gaje de oficio. Tampoco podía ser de otra manera. Las voces antípodas ponen el mundo del revés y no hay institución, agrupamiento, matrimonio o individuo que no tienda a tachar, cuanto menos neutralizar, los indicios que pudieran certificar que los motivos ordinarios de cohesión son, en esencia, fastidiosos, adversos o siniestros. En cuanto a la impericia anarquista para aclimatarse al medio ambiente, era el desenlace inapelable de su disgusto por la comedia, “la representación”. Muchas veces, antes que condescender, prefirieron desertar de la Historia. Siempre habría otra posibilidad de fracasar mejor.

Unos pocos más: Georges Étiévant y José Prat y Émile Henry y Ravachol. Una fauna variada y dispar, por no decir multiforme, que pastaba en torno a temas recurrentes y álgidos, se diría explosivos. La repulsa de las instituciones (“la fuerza del egoísmo convertida en derecho”), los burgueses (“alimañas que poseen muy desarrollado el instinto de conservación”), la religión (“una nube cargada de electricidad diferente de la nuestra”), la ley (“toda obligación impuesta es un crimen que llama a la revolución”), la explotación (“cangrejo social”), el matrimonio (“un círculo odioso”), las ergástulas (“cárceles y tribunales no disminuyen los crímenes, los siembran con profusión”), la sociedad actual (“sentina de todos los vicios, origen de todas las desgracias, monstruo devorador que jamás se sacia”), el progreso (“la máquina ha dado fruto solamente al especulador de tu trabajo”), el salario en sí mismo (“quítad esa piedra y el edificio burgués se derrumbará”), la resignación (“la torpe creencia de que hemos nacido unos para sufrir y ellos para gozar, y que la vida y los goces son legados forzosos de unos pocos y perpetua herencia reservada a los más”), y al fin, el misterio de la dominación de unos sobre otros (“la Gran Esfinge”). Y así sucesivamente.

No se sabe si eran invocaciones a lo imposible, consignas asignadas al anacronismo prematuro o juramentos contra el cielo y la tierra, pero todo

dictamen venía espolvoreado con mecha centelleante. Y sin embargo no todo era reprobación y mandoble, también podían ser afirmativos y hasta líricos. Abundaba la toma de partido: por el proletariado (“crucificado colectivo”), por el gran libro de la naturaleza (“la naturaleza nos dice, toma, y no, compra”), por el amor libre (“el hombre y la mujer son libres de entregarse o rechazarse cuando les plazca”), y por la Anarquía, usualmente escrita con mayúscula (“la supresión de todas las causas que dividen a los hombres”). Quizás la hipótesis que los orientaba, a saber, que el medio ambiente manda y que dadas vueltas las cosas todo cambia, era demasiado confiada. No por caer las cadenas a tierra desaparecen los fantasmas y tampoco las almas se purgan en un santiamén. Pero en lo esencial tenían razón, porque algo que es malo en sí mismo sólo puede engendrar más maldad aún. El lucro, la usura, la creación de más y más puestos de trabajo, la política entendida como lucha ascendente, la inteligencia humana puesta al servicio de la astucia y el engaño, la comprensión de la vida en sociedad como parada de gladiadores.

Dado que los anarquistas profetizaron que la “gerencia” del patrimonio común, de ser encomendada a vanguardias, expertos o representantes de alguna pléyade de víctimas acabaría transformando la vida social entera en un “convento autoritario” que ni siquiera exceptuaría a los afectados de ser alisados por el rodillo industrial, no quedaba otro camino que aniquilar la pirámide, porque su ápice –“la insolente orgía de unos pocos”– alucina a los más. No todos esos propósitos eran alcanzables entonces, y hoy ya resultan impensables, pero eran grandiosos y necesarios. Serles desatendidos sólo logró reforzar los fundamentos políticos del engranaje universal, lo que es decir el ciclo de la destrucción de cada vida que pasa por esta tierra. Y sin embargo, allí está todavía, la maldición, inscrita en uno de esos rayos que alguna vez terminan por descargarse desde un cielo sereno: “La lucha está abierta, la guerra de clases está declarada, habéis sembrado el viento, entonces cosecharán la tempestad”.

## Un lugar en el mundo

De todos los folletos, el más impactante se titulaba “Un episodio de amor en la Colonia Socialista Cecilia”. Se inicia –el epígrafe– con una prevención: “Si la verdad te espanta, no leas; porque este librito está, para ti, lleno de espantos”. Curiosa advertencia, pues de lo único que se discurría allí era sobre el amor. Amalgama de testimonio personal, detalladísima encuesta, crónica de un romance y también manifiesto de ideas, el escrito sostiene que no es bueno que los sentimientos amorosos sean legislados o cohibidos, y que más malo aún es supliciarlos e inmolarlos en nombre de la impotencia, la hipocresía o la resignación. El autor del folleto creía que estábamos ingresando en una era de palingenesia –de resurrección de los seres– en la cual serían posibles vínculos y placeres sinceros, espontáneos e irrestrictos: “Amar a más de una persona contemporáneamente es una necesidad de la índole humana”. Esta aseveración no concierne al adulterio ni a la poligamia, sino al horizonte forastero de las “libertades corpóreas”. La tirada de la publicación amontó a tres mil ejemplares, cifra nada desdeñable para un tema tabú, entonces y ahora, aunque no entre anarquistas, que no vacilaban en poner en locución pública designios improbables, y, en este caso, más bien encendidos, sino férvidos, como los que atizan la lumbre de los braseros. Piénsese que su órgano de difusión más importante en Argentina, el diario *La Protesta*, incluyó en primera plana, a comienzos del siglo XX, un llamamiento a los compañeros para que se desentendieran de los prejuicios con respecto a la virginidad de sus hijas. Lo cierto es que el “episodio de amor” a que hace referencia el título del folleto aconteció verdaderamente, hace más de cien años, en un lugar remoto del sur del Brasil donde unas cuantas decenas de inmigrantes llegados de Italia habían establecido una experiencia de vida en común. Las motivaciones que los trajeron desde tan lejos son comprensibles y desovillables, y hay historiadores que se ocuparon de

ello. Más misterioso pudo haber sido el origen del viaje y la opción por el Brasil. Quizás episodio insólito o limítrofe en la historia de las corrientes migratorias del viejo mundo hacia este continente, o estampida maravillada hacia el espejismo por parte de creyentes que anhelaban vivir según leyes propias, o auge y caída de un fogonero de empresas ensoñadas que acarreó a muchos en agridulce cruzada, o bien resultado del entendimiento, casi inverosímil y sin embargo plausible, entre un utopista y un rey, mediados por un artista. Ninguna de estas hipótesis se contradice entre sí, y a fin de cuentas, cuando mucho tiempo haya pasado, triunfará la que alcance rango de leyenda.

## Los compañeros

Los folletos se subvencionaban con la venta pero también mediante suscripciones y con el auxilio de quienes aportaban algo de dinero, aunque hayan sido centavos de peso. En el folleto siguiente, escrupulosamente, se incluía la lista de aportantes. Dado que la policía no les prodigaba mucha empatía los contribuyentes adoptaban seudónimos o nombres de guerra, tales como “Marat” y “Frititis” y “Zapatero loco” y “Maratito” y “Poca plata” y “Uno que toca la guitarra” y “Dr. en papas” y “Un demonio” y “Un tiro que me den” y “El más atorrante del mundo” y “Uno que era patriota y se hizo anarquista”, o bien el “Grupo de doctores en tierra romana”. También dejaban asentadas truculencias y baladronadas algo torvas aunque donosas: “Échamelo en la olla”, “Mata vigilantes”, “Curto cuero de fraile”, “Bomba y bomba”, “Voy a ver si puedo quemar algún taller”, “Una joven que quiere el amor libre”, “Una señora anciana vuelta anarquista por ser este mundo lleno de farsas”, “Maldito sea el nombre de Dios que por ese vil misterio ha reducido a millares de infelices a la miseria y al trabajo perpetuo”, “Courage camarade, á la dinamite”, “Puñal y veneno, Oh”, y así muchos más. Por su propia naturaleza, el argot de las sectas efímeras o de bandadas

fugaces suele desvanecerse sin que nadie alcance a ser su Herodoto, pero aquí toda una región del gracejo popular resurge del omitido subsuelo. Cabe enviar un saludo retrospectivo a los muchachos de “Sobrante de copas”, que sacrificaron un trago de más por el bien de la causa, y también a aquel otro que firmó “Nada”. Por cierto, y dado que los editores eran antagónicos a todo sistema de venta, el precio que se abonaba por cada ejemplar no era unívoco: “De cada uno según sus fuerzas”. “Un indio”: este fue el santo y seña escogido por un aportante. Otro optó por “un gaucho”. Y otros se identificaron como “Refractario”, “Desterrado”, “Hijo del mundo” y “Cosmopolita”. Y hubo, al fin, alguien más que se hizo llamar “Uno que ya no sueña con Europa”. En efecto, del viejo continente habían llegado muchos, no solamente a este país sino a casi toda nación de Sudamérica. Dos de tantos se llamaron Francesco Gattai y Argia Fagnoni, oriundos de la Toscana, y en el barco que los llevó hasta el Brasil, en 1891, también iban cinco hijos suyos, cuyos nombres eran Ernesto, Aurelio, Rina, Guerrando, e Hiena. Ésta última, nacida pocos meses antes, morirá afectada por la desnutrición a poco de desembarcar en el puerto de Santos. El grupo familiar entero había partido de Génova para llegarse hasta una “comuna anárquica experimental” establecida el año anterior en un lugar llamado Palmeira.

## **Ruedas kármicas**

Un tema que preocupaba a los autores de estos folletos era la condición de la mujer, acuciada por atavismos y sumisiones, o bien por su propia conformidad en protagonizar una farsa. Enfrenta –la mujer– dos tipos de enemigos. El primero asume rostros de sacerdote, magistrado, legislador, libertino, proxeneta y moralista, a los que se suma el marido. Si además es asalariada, y amén de padecer el yugo del capital, ha de contrarrestar –si puede– los caprichos del patrón o del mayordomo. Cuando no es cosa explotable, igual que todos, o bien

mueble indispensable del hogar, es entonces carne de placer, también en horarios laborales, pues el secreto a voces, en esa época, de los abusos cometidos en contra de los aprendices de oficios, de ambos sexos, pierde en estas páginas su estado usual de sordina. El otro enemigo es ella misma. Cuando no languidecen –las damas burguesas– en “doradas prisiones”, la mujer lleva una conducta “apocada en unas, denigrante en otras, necia en las más”. La posición estructural de víctima sempiterna no explica toda la indignidad y tampoco se ahorran denuestos para con las congéneres inclinadas hacia “la soberanía de la frivolidad”. Tales señoras, “disgustosa mezcla de artificio y coquetería”, y tales señoritas, “pintarrajeadas muñecas cuya mente es una vacía caja ósea”, son sus contrafiguras. No es que se rehuyera de afeites o galanteos, pero se repelían bobada y vanidad. En todo caso, se proponían desencorsetar la jaula de los afectos y derruir un par de instituciones: “Queremos sea abolido el mercado de la carne, desmonarquizada la familia, equilibradas las razones económicas del trabajo y de las recompensas, y que sean dados a la juventud los placeres del amor”. ¿Y cómo se logra ese querer? Aprontándolo catárticamente, sin diluirlo en incotejables promesas de muda gradual, puesto que el mañana no existe, sólo el día de hoy, y la libertad no es un proyecto sino elíxir que se bebe en vida, o nunca. De allí las exhortaciones a eludir la tentación de exigirle derechos, puestos y salvaguardias a un sistema social que es, en sí, productor de dominación, no importa quienes sean sus eventuales o duraderos objetos de martirio. El patriarcado era inherente a toda forma de gobierno. De eso tenían certeza: “El enigma moderno –Libertad, Igualdad, Fraternidad–, empujado por la Esfinge de la Revolución, una vez resuelto, este será la Anarquía”.

Predomina –es el otro tema– un martirologio, el de los trabajadores, a los que la sociedad industrial, cíclica horca caudina, constriñe al tamaño del “limón estrujado”. Su cuadro es tétrico. De la vista panorámica

ofrecida resaltan los focos de infección donde cunden “efluvios mefíticos”. Es el insondable precipicio de las barriadas obreras. Se nos relata una historia del estrago de la carne que anticipa en diez años las conclusiones del informe llamado “Estado de las Clases Obreras Argentinas” que en 1904 fuera preparado por el médico Juan Bialek Massé a pedido del gobierno nacional. En suma, para los autores de estos folletos, la fábrica es el castillo feudal de la edad moderna. Allí dentro, según lo consigna Georges Étiévant, condenado a cadena perpetua, sólo hay “máquinas humanas donde la vida se reduce siempre a un mismo acto, indefinidamente repetido, reempezar cada día la vieja tarea, hasta que un día se rompa un rodaje de vuestro cuerpo o que usados y viejos, os releguen al olvido como no reportando suficiente utilidad”. En ese contexto –“cruentos suplicios”, “atrofia del proletariado”, “hiel burguesa”–, las mejorías parciales redundan en perfeccionamiento de la máquina total en tanto el dolor hace presión sobre otras zonas de la realidad. En cuanto a las intenciones de socialistas y ulteriores progresistas, que preconizaban subas de jornal (“nada más despreciativo que el salario”), más puestos de trabajo (“la vituperable empleomanía”), e igualación de las condiciones de vida con las de sus explotadores (“burguesía de conciencia metalizada”), el encono de los anarquistas no podía ser más acentuado. La síntesis de la cuestión, apocopada por Pierre-Joseph Proudhon –“La propiedad es un robo”–, era para ellos artículo de fe. Más lacónicamente: “No es justo”.

## Historia real

Si se conjugan datos fehacientes, alguna presunción de lazos, y un mito de origen a ser desenmarañado de las tretas de la memoria pero no desactivado, porque es indecible, esta historia, admisiblemente, podría comenzar así: a fines del siglo XIX, por lo general, si un monarca y un anarquista cruzaban sus pasos, la situación se resolvía malamente para

alguno de los dos. Pero no fue ese el caso de Pedro II, de la Casa de Braganza, emperador del Brasil, y el del italiano Giovanni Rossi, alias “Cardias”, o sea “corazón”, un agrónomo, botánico, veterinario y músico que desde joven venía predicando la necesidad de vivir, aquí y ahora, de la forma más libertaria posible, y que además daba conferencias en favor del amor libre. Ya en 1873, a los dieciocho años, había presentado a la Asociación Internacional de Trabajadores un proyecto para llevar a cabo una comuna socialista en la Polinesia, moción que fue denegada. Pero Rossi no cejaría. Un tiempo antes de cruzar su destino con el del Emperador del Brasil promovió una experiencia comunitaria de campesinos en Cremona, fracasada. También editó, por un año, *Lo Sperimentale*, apenas cinco números. Pero aunque Giovanni Rossi hubiera deambulado por muchas ciudades promocionando su ideal y hasta publicado avisos en la prensa a fin de reclutar contingentes de hombres y mujeres dispuestos a implantar una comunidad sin leyes injustas ni puritanas, carecía de suelo firme donde asentarla. Le era preciso encontrar un lugar en el mundo.

Ocurrió que Giovanni Rossi tenía un pariente en Milán, “il Maestro Compositore Lauro Rossi”, músico de renombre que alguna vez vivió en México y en Cuba, y por intermedio suyo trabó amistad, hacia 1887, con Carlos Gomes, el autor de *O Guarani*, la primera ópera brasileña. Gomes vivía en Milán, habiendo sido becado por Pedro II para que afinara su conocimiento del pentagrama y para la fecha de su encuentro con Rossi estaba preparando el estreno de *Lo Schiavo*, ópera basada en la novela homónima de José de Alencar que celebraba la lucha de los siervos por su emancipación. También aguardaba la llegada a Italia, para abril de 1888, de su benefactor, don Pedro II, llamado “El Magnánimo”, un rey que se negaba a tener esclavos, caso distinto de los terratenientes que lo derrocarían al año siguiente para instaurar la República, que sí los poseían en abundancia. Fue Carlos Gomes quien sugirió a Giovanni

Rossi escribirle una carta al rey explicándole su proyecto “experimental” y tal parece que sendos amigos se encaminaron hacia el hotel donde se hospedaba el monarca para llevarle la propuesta, que les fue recibida por el barón, conde y vizconde Claudio Velho da Mota Maia, profesor de anatomía y fisiología en la Academia de Bellas Artes y médico de la Casa Imperial.

Una vez regresado a sus dominios Pedro II leyó la carta, o alguno de los folletos firmados por Rossi, *Il Commune in Riva al Mare*, o bien *La Comune Socialiste*, y algo impresionado por el atrevimiento y por la solicitud en sí misma, habría concedido a Giovanni Rossi y los colonos que éste pudiera alistar el usufructo de 300 alqueires de tierra en el sureño Estado de Paraná, lindante con la provincia argentina de Misiones, cuyo costo debía ser reembolsado en forma diferida. Extraño como pueda parecer, la adjudicación no suponía una paradoja. Pedro II era hombre culto, conocedor de ideas, y durante su largo reinado, entre 1831 y 1889, comenzado a los cinco años de edad, pasó buena parte de su tiempo estudiando y reuniendo una biblioteca de sesenta mil libros, así como examinando el cielo desde el observatorio astronómico que hizo instalar en su palacio. En verdad, este rey que se carteaba con sabios de todo el mundo y que incluso conoció a Friedrich Nietzsche, soportaba mal su elevado cargo y quizás hubiera preferido –según confió a su diario personal– consagrarse a las letras y la ciencia. En lo que concernía a los anarquistas extranjeros a quienes autorizó a ocupar esas tierras, Pedro II estaba menos preocupado por sus propósitos subversivos que preocupado por el aporte que su laboriosidad e instrucción podían hacer a su país. En cuanto a Carlos Gomes, el músico más importante que tuvo el Brasil en el siglo XIX, le siguió siendo fiel al rey una vez que éste fue destronado, negándose al encargo de la nueva república de componer el himno nacional de los ahora denominados “Estados Unidos del Brasil”.

La historia de lo que sucedió en el sur del Brasil es lo que Giovanni Rossi contaría en el folleto *Un episodio d'amore nella Colonia Cecilia*, publicado en 1893, antes del final mismo de la experiencia, en la ciudad de Livorno por la editorial Sempre Avanti. Un año después fue vertido al francés y al alemán, y hacia 1896 al portugués, en el Brasil, y al castellano, en Buenos Aires, y por un tiempo el folleto fue muy comentado por la prensa anarquista de varios países. Su traductor al castellano fue José Prat, alias “Urania”, un anarquista gallego de origen catalán –y por un tiempo “catalán” fue, en Argentina, eufemismo por ácrata– llegado en 1897 desde Inglaterra una vez sorteada la persecución de las autoridades españolas. Aunque en Argentina sólo permaneció por un año, se mantuvo activo, integrándose al grupo redactor del diario *La Protesta* (que reeditaría el folleto sobre la Colonia Cecilia en 1920) y colaborando con Fortunato Serantoni en *La Questione Sociale* y en su sucesora, la revista *Ciencia Social*. También enviaría colaboraciones a *El Corsario*, y a *El Rayo*, y a *Anticristo*. Más adelante editaría la revista *Natura* –era naturista– y publicaría el opúsculo *A las mujeres*, una conferencia suya sobre el amor libre y la emancipación femenina.

## Los editores

Un lugar donde podían ser conseguidos era la Librería Sociológica, localizada en la avenida Corrientes, entre Ayacucho y Junín. Justamente su dueño, Fortunato Serantoni, editó los folletos que portan el sello *La Questione Sociale*, además nombre de la revista que, desde 1894, y en italiano y en castellano, estaba a cargo suyo. Había llegado desde España hacia 1892, y en Buenos Aires estuvo próximo a “Los Desheredados”, grupo activo en el barrio de Almagro –editaban el periódico *El Perseguido*– y muy hostil a toda forma de organización que trascendiera el clan de afines. Ni siquiera disculpaban a los sindicatos. Digamos que la “organizomanía” no era lo suyo. Los remanentes de

este grupo y de ese periódico se congregarán en “La Expropiación”, y editarían la otra mitad de los folletos, la más incandescente. Pero Serantoni, de oficio marmolista, tomaría distancia y se puso del lado de los partidarios de organizar las cosas. Entre otras, y sin casi hacerse notar, se ocupó de lubricar varias vías de llegada de material impreso prohibido.

Ya desde antes de ser expulsado de Italia, joven aún, tenía currículum. Con dieciocho años de edad Serantoni fue promotor del periódico *Il Sataná*, y más adelante de *Il Vero Sataná*. También sobrellevó varias estadías en cárcel, un año entero una de ellas, combinadas con colaboraciones enviadas a *Il Ladro e Il Petrolio*, título que hace referencia a las bombas manufacturas con ese material. Ya en Argentina eligió para su revista el nombre *La Questione Sociale* probablemente porque el anarquista Errico Malatesta, cuya reputación era mundial, había optado por el mismo para sendas publicaciones cuyas salidas en Buenos Aires y en Florencia, ciudad natal del propio Serantoni. Su revista perduró hasta 1896, y luego, por tres años, editaría una nueva, *Ciencia Social*. Cuando a fines de 1902 el Estado Argentino promulgó la Ley de Residencia, que posibilitaba la expulsión urgentísima de extranjeros “indeseables”, más de cien en apenas una semana, Serantoni escapó a Montevideo –su librería había sido allanada– y luego anduvo zigzagueando entre España y Francia hasta culminar su jornada en suelo italiano, donde murió en 1908 a poco de salir de su último encarcelamiento por apología del delito. Años antes había fallecido Comunardo, aún pequeño, el hijo que Fortunato había tenido con su compañera Isabella.

Existían varios grupos de afinidad, entre otros Los Atorrantes, Los Descamisados, Los Hambrientos y Los Desautorizados, como así también las cofradías El Errante, Amor Libre y Los Desheredados, agrupación esta última que devendría en La Expropiación. El arpón de este grupo, entre 1890 y 1896, fue *El Perseguido*, periódico furiosamente individualista

y rabiosamente anti-organizativo, y tendiente a justificar la “propaganda por el hecho”, es decir los atentados. A pesar de que en su primer número, con respecto a ellos mismos, se delinearon como “vagabundos, malhechores, la canalla, la escoria de la sociedad”, y de que en la portada, acerca de su periodicidad, alertaban que “Aparece cuando puede”, llegaron a sacar cien números, con tiradas que fluctuaron entre los mil y los cuatro mil ejemplares, alcanzando alguna vez los siete mil, que era mucho para la Argentina de entonces. *El Perseguido* fue punto nodal de una constelación de publicaciones anarco-individualistas, entre otras *Gli Incendiari*, *Il Pugnale*, *I Malfattori*, *El Ciclón* y *Demoliamo*. Ésta última promocionaba justamente eso: las demoliciones. Además de Serantoni, que estuvo en un inicio, tanto Orsini Bertani como Francisco Denambride fueron miembros del periódico, y ambos acabarían enfrentados por un asunto “de faldas”. Cabe consignar que Denambride, el hombre que hizo encuadernar los folletos encontrados en Pueyrredón y San Luis, decidió aunar ambas corrientes, la que repelía la organización y la que la fomentaba, en un solo y mismo tomo.

Por cierto, editar publicaciones, demasiadas veces en condiciones de penuria e ilegalidad, no sólo suponía integrarse a la riada de letras de molde que fue propia de esa época de alfabetización y periodismo. Era, por derecho propio, obsesión de los anarquistas, persuadidos de que las palabras, de serles extirpada la espoleta, podían cuartear el mundo, y por eso muchas veces arraigaban en el oficio de tipógrafo o se esforzaron en montar imprentas que les eran una y otra vez confiscadas o destruidas. ¿Y qué es lo que pretendían? En sus propias palabras, “un mundo sin ejércitos, sin cañones, sin fronteras, sin barreras, sin cárceles, sin magistratura, sin policía, sin leyes y sin dioses, con hombres y mujeres reconciliados con la naturaleza y con ellos mismos”. Dicho así, parece un mensaje del espacio exterior, pero eso, la execración del mundo burgués, era su programa de mínima, al que añadían la promoción de

una moral sin sanción ni obligación y la convicción de que todo es de todos, pues se es copropietario de la Tierra. Eran plegarias que les eran susurradas por todas las vidas marchitadas desde el comienzo de los tiempos, pero también consignas que se hacían cargo de las frustraciones del hombre moderno. Con respecto a la relación que pretendían tener con el mundo tal cual era, tenían muy en claro su principio de higiene mental, resumido en esta frase: “No queremos más respetar nada de todo lo que existe, porque es falso, ficticio y mentiroso”. De allí que su jurisprudencia entera cupiera en esta piedra: “De aquí en más, haz lo que quieras”. Es un lema para el fin del mundo.

## Infancia en Paraíso

No es habitual comenzar una carrera literaria con más de sesenta años de edad. De modo que, cuando en 1979 Zelia Gattai mandó a imprenta *Anarquistas, graças a Deus*, no pretendía hacerse de un nombre sino contar una historia, la suya, la de su infancia y adolescencia transcurridas en el barrio Paraíso de San Pablo. Es una obra memorialista, o evocativa, hilvanada con suave, sonriente y entrañable nostalgia. Tanto cariño. Quisiera uno, luego de leer sus recuerdos, haber nacido y vivido en ese tiempo, en esa ciudad, en esas calles, entre vecinos sin fortuna que arribaban de todas partes para enraizarse a los esfuerzos, supersticiones y prodigios de todos los días. Todavía se escuchaba música en gramófono de corneta y manivela, y un día a la semana los cines ofrecían “soirée de damas”. No hormigueaban automóviles por las calles, no aún, y los vuelos en avión eran recientes, cosa de ricos. El ritmo de la vida era lento, el tiempo duraba más. Aquel mundo era sacrificado, engañoso y trágico, como el de todas las épocas, pero algo menos cínico y polucionado que el nuestro. Y a pesar del tardío brote de su vocación literaria, y de que en el Brasil regía una dictadura, no le fue nada mal al libro de Zelia Gattai, que llegó a vender doscientos mil ejemplares,

y a devenir, eventualmente, en miniserie televisiva, o telenovela, como se les dice en Argentina. Y ella seguiría escribiendo, quince libros más, casi todos de recuerdos, y, ya octogenaria, fue admitida como miembro de número de la Academia Brasileira de Letras.

Más que autobiográfico, el suyo era un libro “intimista”. Cada breve capítulo –son muchos– parece una lenta toma fotográfica, resultando el conjunto un montaje de reminiscencias urbanas de un San Pablo todavía amable y del que están ausentes la pujanza y celeridad del impetuoso dínamo que es hoy. Mayormente se cuentan sucesos familiares, anécdotas de la vida barrial, y se rememoran algunas transformaciones urbanas significativas. Y aunque sobresale algún que otro acontecimiento extraordinario, mucho más lo hacen los cotidianos, que a fin de cuentas son los que determinan el temple y los estados de ánimo de la persona que alguna vez será adulta. Un centro de gravedad de *Anarquistas, graças a Deus* son los padres de Zelia, Angelina da Col y Ernesto Gattai, anarquistas ambos y enlazados en matrimonio a la edad de quince años, ella, y dieciocho, él. También es continua la presencia de sus hermanos y la de la casa misma, situada en la encrucijada de Santos con Consolação. Angelina era hija de inmigrantes y se ocupaba de las labores de la casa, en tanto Ernesto, que de niño había vivido en la Colonia Cecilia, primero fue chofer de un potentado que residía en Higienópolis, y más luego trabajó toda su vida en taller mecánico propio.

El relato de Zelia ondula entre hechos que concernieron a su educación sentimental y sensorial y aquellos otros que puntuaron la apertura al gran mundo allende el barrio de infancia, hayan sido la lectura de las novelas sociales de Émile Zola y Víctor Hugo como la concurrencia familiar a conferencias de disertantes libertarios o la participación en la intensa y frustrada campaña para evitar la injusta ejecución de los anarquistas Sacco y Vanzetti en los Estados Unidos. Sucintos y notables

son los camafeos de olvidados hombres de ideas y acción, como el sanguíneo y brioso Conde Francesco Frola, ex diputado italiano forzado a exiliarse en San Pablo que diseminó el antifascismo por varios países sudamericanos, incluso en la Argentina, donde por un año dirigió el periódico *La Giustizia* hasta que la sección “Orden Social” de la policía local lo conminó a volverse al Brasil. O bien el caso de Gino Meneghetti, llamado “O maior gatuno de América Latina”, un ladrón solitario que vivía en la Rua da Abolição y sólo robaba en palacetes de gente pudiente (también en Buenos Aires, a donde viajó para hacer de las suyas). Un día la policía logró acorralarlo arriba de un tejado, ya sin municiones, salvo por las imprecaciones que siguió lanzándoles: “¡Eu sou Meneghetti! ¡O César! ¡O Nerón de São Paulo!”. Preso incorregible, lo tuvieron treinta años en prisión, pero se fugó cuantas veces pudo. Morirá en San Pablo, cercano a los cien años de edad, en compañía de sus hijos Lenin y Espartaco. Nunca se arrepintió de sus fechorías y alguna vez, entrevistado en la cárcel, declaró a un periodista: “El comerciante es un ladrón que tiene paciencia”.

Pero no siempre resultó congruente crecer en casa de padres “librepensadores”, sobre todo en épocas de carnaval. Ernesto Gattai no permitía que sus vástagos concurrieran a las carnestolendas del barrio, no ya porque el pobrerío terminara haciendo de comparsa para la burguesía –también ese era el criterio del anarcosindicalismo argentino–, sino, sobre todo, porque don Ernesto temía, un poco infundadamente, que las tentaciones de la carne en esos días de todo vale encontraran escasa resistencia espiritual por parte de sus hijas. Cierta vez, ya adolescentes y hartas de la rígida veda anual, las hijas confrontaron al padre: “¿Por qué nos prohíbe ir al carnaval, acaso usted no es anarquista, no cree en la libertad?”. “¡Yo sono anarchico”, les retrucó Ernesto Gattai, “*ma non troppo*”. Nárrase en el libro, además, la creciente curiosidad de los niños por la historia familiar previa a sus nacimientos y el modo en que sus

padres van revelándoles arcanos y antecedentes. También cuenta Zelia las búsquedas de intimidades acometidas sin permiso ni conocimiento de los mayores, tal como el asalto a un supuesto tesoro oculto en un ropero cerrado con llave que sólo reportó la existencia de fotografías antiguas y algunos libros que, más que apartados, estaban resguardados del paso del tiempo, entre ellos títulos de Bakunin y Kropotkin, más un viejo folleto, *Il Commune in Riva al Mare*, firmado por Giovanni Rossi, a quien, cuando Angelina de Col y Ernesto Gattai mencionaban, lo hacían con vibrante emoción, pues de los sueños de aquel hombre había dependido el destino posterior de la familia entera.

A pesar del sugestivo título de su libro, no dedica Zelia Gattai tanta atención a las ideas anarquistas de sus padres. Allí están, y de tanto en tanto reaparecen como rumores de fondo, o latidos de sueños en otro tiempo recurrentes pero ya amustiados por la dolorida asunción de que hay cosas en la vida que se van volviendo inviables, aunque no para la policía, que encarceló a don Ernesto cuando Getúlio Vargas llegó al poder. No obstante, cada tantas páginas, reaparece el recuerdo de una pintura al óleo enmarcada en la sala principal de la casa, una alegoría poblada de escenas tremendas, por no decir tremebundas. En un lado del cuadro hay un sacerdote, erguido y babeante, cabeza encasquetada con sombrero de ala ancha, en la mano aferra un puñal ensangrentado mientras a su lado lloran varias personas enlutadas. Uno y otros representan a la Inquisición y a las familias de los martirizados. En otra zona se ven ruinas y escombros y muertos y heridos que remiten al sinsentido y horror de todas las guerras. Ya idos, siguen clamando contra el militarismo, que es campo de destrucción más que del honor. En el centro, una mujer desnuda de larguísima cabellera sostiene una antorcha encendida, las muñecas aún engrilladas pero ya rotas las cadenas. Es el Ideal Anarquista iluminando el mundo. Y al fin, en una esquina, el retrato de Francisco Ferrer y Guardia, el pedagogo libertario fusilado en 1909 en el foso del castillo de Montjuich, en Barcelona.

Ese cuadro, ya desde el tiempo de la Colonia Cecilia, pertenecía a Francesco Scipione Gattai, el abuelo de Zelia, que antes de morir lo transfirió a su hijo Ernesto. Poco se nos dice sobre Francesco Gattai, pues falleció cuando Zelia tenía apenas dos años de edad, pero sabemos que llegó al Brasil en 1891 desde Génova junto a esposa y cinco hijos. También sabemos que poco antes de embarcar se apersonó en una oficina pública a fin de dejar constancia del nacimiento de su beba más reciente. Para ella había elegido el nombre Hiena. Un empleado intentó disuadirlo: “Señor, ¿cómo puede ponerle a una niña inocente el nombre de un animal repugnante como ese?”. Francesco le respondió: “Si el Papa puede llamarse León, ¿por qué mi hija no puede llamarse Hiena?”. Se refería a León XIII, el Papa número 256, cuyo predecesor, el 255, había sido Pío IX, y el sucesor, el 257, Pío X. Una vez fracasada la experiencia de la Colonia Cecilia Francesco Gattai afincaría a su familia en San Pablo, viviendo del oficio de electricista. Su esposa, Argia Fagnoni, abuela de Zelia, murió en 1898, y pasados veinte años, en 1918, se fue él, según lo informó por entonces el periódico *Crônica Subversiva*, dirigido por Astrojildo Pereira, un anarquista intransigente que tres años después fundaría el Partido Comunista do Brasil.

## Compendio

Mozzoni, Ana María. Italiana, feminista, otrora fourierista, mitad librepensadora y mitad socialista, fue la fundadora de la Lega Promotrice degli Interessi Femminili. Merlino, Salvatore, también italiano, alguna vez forzado al exilio. A su regreso, y al momento de la publicación de su folleto en Buenos Aires, estaba en prisión. Mañé Miravet, Teresa, cuyo seudónimo era “Soledad Gustavo”. Maestra española que pocos años antes había escrito un cuadernillo en favor del amor libre, editado en Montevideo. Al publicarse su folleto “A las proletarias” estaba a punto de ser desterrada, a Londres, Inglaterra, y si bien regresaría a

su patria, donde dirigió *La Revista Blanca* y el periódico *El Luchador*, morirá del otro lado de la frontera, tras los Pirineos, apenas terminada la Guerra Civil. Kropotkin, Piotr Alekséyevich, nacido príncipe. Geógrafo, naturalista de vocación y anarquista por convicción, uno de sus padres fundadores. Ligó siete años de cárcel en Rusia –logró fugarse– y en Francia. En algún tiempo, de joven, fue ayudante personal del Zar de Todas las Rusias, pero luego pasaría casi toda su vida en el exilio y siempre editando su periódico *Freedom*. En 1917, transcurridas cuatro décadas, volvió a casa, y allí murió, en 1921, cerca de Moscú. A su funeral concurren cien mil personas y fue el último acto anarquista permitido en la naciente Unión Soviética. Montseny, Juan, también conocido por sus alias “Federico Urales”, “Siemens” y “Ricos de Andes”. Tonelero, sindicalista, maestro de escuela y director de las publicaciones *Tierra y Libertad*, *El Escándalo* y *La Revista Libre*. Cabe mencionar algunas obras suyas: *El hombre adúltero*, *La mal casada*, *La reina de la belleza y el dolor*, *Las que tienen y las que no tienen marido*, *La repudiada*, *Las novias con y sin hijos*, *La mujer caída*, *Los hijos del amor*, *Lluvia de flores*. Para 1895, fecha de publicación de su folleto, y luego de un año encarcelado, vivía desterrado en Londres, al igual que Kropotkin. Regresó a España, participó de la Guerra Civil, y cruzó la frontera en 1939 sólo para ser encerrado en el campo de concentración de Saint Laurens, acabando sus días en confinamiento obligado por orden del gobierno colaboracionista del Mariscal Petain, que gobernaba la república títere de Vichy.

Y además, Georges Étiévant, tipógrafo anarco-individualista muerto en la isla de la Salvación, una de las tres islas del Diablo. O el franco-español Émile Henry, guillotinado a los veintidós años por haber intentado vengar, en 1894 y par de bombas mediante, el paso previo por la cuchilla de Auguste Vaillant, compañero de ideas que había arrojado un explosivo en la Cámara de Diputados. Por cierto, Fortune

Henry, el padre de Émile, un communard, en su momento también había recibido condena a muerte, “in absentia”. Al momento de ser juzgado, cuando el magistrado le espetó a Émile Henry, “Todos pudimos ver tus manos cubiertas de sangre”, no lo ayudó mucho haberle respondido “Mi mano está tan cubierta de sangre como enrojecidas están sus ropas”. Y al fin Ravachol, apodo de François Claudius Koëningstein, cartonero, acordeonista y tintorero cuya cabeza también terminó seccionada por la guillotina. De joven había quedado convertido a “las ideas” tras escuchar una conferencia anticlerical dada por la feminista y revolucionaria Paule Mink, una mujer formidable a cuyos dos hijos bautizó con los nombres Lucifer Vercingetorix y Espartaco Revolución. Muy afectado por los catorce muertos que dejó la carga policial contra la marcha de trabajadores del 1º de mayo de 1891, Ravachol preparó varias marmitas explosivas y las hizo estallar, dejando un tendal de muertos. Al preguntarle el juez de instrucción de su caso, “¿Qué llevaba usted en su maleta?”, se le respondió: “Dinamita, sebastina, pólvora y pistones para cebar”. Fue castigado con la pena máxima. Al llegar su día último Ravachol se encaminó hacia la máquina de ejecución cantando.

Puede tenerse una idea del genio y el temple de estas personas a través de este breve diálogo que en 1892 mantuvo Georges Étiévant en el Tribunal de Versailles con el juez que se disponía a juzgarlo:

“Juez: Levántese.

Étiévant: ¿Por qué he de levantarme cuando usted sigue sentado?

Juez: Porque yo soy magistrado y usted un acusado.

¿Su nombre?

Étiévant: ¡Y a usted qué le importa!

Juez: Frecuentaba usted grupos anarquistas.

Étiévant: ¡Siempre es mejor que ir a misa!

Juez: Sea serio.

Étiévant: ¿Por qué? No reconozco a nadie el derecho a interrogarme. Estoy decidido a no responderle nada de nada.

Juez: Estoy aquí para interrogarle.

Étiévant: Y yo, para no dejarme interrogar.

Juez: Yo aplico la ley.

Étiévant: ¡La ley es variable y no puede ser la expresión de la justicia!

Juez: Estamos aquí para hacerla ejecutar.

Étiévant: Y yo, para violarla”.

En aquella ocasión Étiévant fue condenado a cinco años de cárcel por complicidad con robos de dinamita. Una vez salido de la prisión, y en apariencia exiliado, recibiría nueva pena de tres años entre rejas por causa de declaraciones suyas. Atrapado al fin en 1898, luego de batirse con dos policías, fue penado con la muerte, conmutada por la de reclusión a perpetuidad en una isla frente a la costa de la Guayana, por entonces posesión francesa. Allí sucumbió. Mucho antes, durante su juicio, había dicho: “Por el hecho mismo de su nacimiento tiene cada uno de nosotros el derecho a vivir y ser feliz”. Siendo una premisa benéfica y promisorias, y aunque en vastas zonas retóricas de estos panfletos tintineen las campanillas de la armonía y la benignidad, no por ello se equilibra el apasionado tono de indignación y cólera que retumba en cada una de sus páginas. Aunque el anarquismo abogaba por una vida de “amor, libertad y sabiduría” opuesta a otra de “odio, tiranía e ignorancia”, la opinión pública y las autoridades de su época no fueron indulgentes con “la Idea”, nada de eso, más bien primó la incompreensión y la represalia desmedida y sanguinaria. Era inevitable que lágrimas de fuego afloraran en el alma de muchos anarquistas,

motivándolos a desquitarse con actos irreflexivos y a fin de cuentas perjudiciales para su causa. Y si en estos panfletos porteños se reivindica a varios “atentadores” y hay reconcentración de ira en la tinta, no es por mera conformidad con los hechos sino por aborrecimiento hacia la guillotina, el garrote vil y el pelotón de fusilamiento. Pacíficos los más, capaces de acciones enloquecidas otros, batalladores todos, los ácratas se reconocían en este lema impreso en la portada de uno de los folletos: “NI DIOS NI AMO NUESTRO ENEMIGO ES NUESTRO AMO”.

## La colonia

El primer grupo de colonos partió de Genova un 20 de febrero de 1890 en el barco *Città di Roma*. Eran cinco hombres –Giovanni Rossi entre ellos– y una mujer. Si bien el primer destino idealizado habría sido el Uruguay, las noticias sobre luchas fratricidas entre blancos y colorados lo hicieron desestimar. Optaron por el Brasil. Dos semanas después los seis anarquistas pudieron avistar la bahía de Guanabara, en Río de Janeiro, y una vez atracado el navío recibieron albergue en el hotel de los inmigrantes, la Hospedaria da Ilha das Flores, frente a la ciudad. De allí rumbo hacia el sur en el vapor *Desterro*, hasta llegar a Paranaguá, en el Estado de Paraná, aunque el desenlace final del itinerario se cumpliría tierra adentro, en un lugar llamado Palmeira. Curioso: tres meses antes el emperador Pedro II había sido forzado a subir al buque *Parnahyba*, al mando del capitán de fragata Palmeira, para ser transportado hasta esa misma Ilha das Flores, donde se lo trasbordó a otro que lo condujo al destierro europeo. Había sido destronado por oligarcas que establecerían una forma de gobierno republicana.

A comienzos de abril los colonos arribaron a una región distante unos cien kilómetros de Curitiba, la capital de Paraná, donde improvisaron un campamento, y ya el primer día hicieron flamear la bandera negra. El sitio quedaba entre los poblados de Palmeira y Santa Bárbara, lo que

es decir entre el idilio y el polvorín. Era tierra prometida, aunque algo yerma. Seguramente no economizaron entusiasmo ni esfuerzos, pero los primeros tiempos han de haber sido difíciles. No tenían un cobre, no hablaban el portugués, desconocían la cultura del lugar, sobre todo no eran campesinos, sino, la mayoría, artesanos u obreros. Nada sabían de labores agrícolas ni habían previsto demasiado, y por meses y meses las condiciones de vida no fueron nada confortables. Y además, al principio, eran pocos, no más de diez. Ya llegarían otros pioneros, bastantes más, y mientras tanto, en el centro del asentamiento de casas de chapa establecieron un lugar para reunirse en común al que llamaron “Casa d’Amore e Fratellanza”. En septiembre nació el primer niño, Giuseppe.

Al finalizar ese año 1890 Giovanni Rossi regresó a Italia por seis meses en busca de nuevos voluntarios para la colonia. Reclutó hombres y mujeres en Pisa –su ciudad natal–, en Milán, en Brescia, en Livorno, en Cremona, y también en Turín, Parma, Génova y La Spezia. A comienzos de 1891 ya había unos treinta moradores en la Colonia Cecilia; un año después eran cuarenta; y al iniciarse 1893 se contaban sesenta y cuatro habitantes, incluyendo niños. Es difícil saber cuánta gente pasó por la colonia en esos años, pero es probable que hayan sido unas doscientas personas, quizás algunas decenas más, aunque los constantes fueron menos y no todos eran anarquistas. Sin duda el ensueño que los sostenía era robusto y frondoso, podía ascender incluso hasta la Luna, pero la verdad es que los cimientos eran de cristal. De a poco la subsistencia se les fue volviendo trabajosa; los víveres, insuficientes; y el ánimo debió haberles fallado muy a menudo. Inevitablemente, hubo divergencias, en parte por las presiones contextuales, en parte por pugnas de personalidad. Muchos bajaron los brazos y se integraron a la marea de inmigrantes europeos ya asidua en el Brasil. Otros regresaron a Italia. El propio Giovanni Rossi, un poco desanimado, dejó la colonia pocos meses antes de su disolución. No obstante, mal que mal, la experiencia anarquista

en Palmeira logró sobrevivir a varias crisis, y eso que nunca hubo allí organización directiva ni tampoco reglas de cumplimiento permanentes. Las decisiones se tomaban por consenso, respetando únicamente el lema que podrá leerse en uno de estos folletos: “Lo que la libre voluntad ha formado, la libre voluntad puede deshacerlo”.

Muchas fueron las causas que confluyeron en el final de la colonia: la pobreza, el desconocimiento de las labores de la tierra, la dificultad de arraigo, el exceso de integrantes en condiciones aún desfavorables para contenerlos a todos, la guerra civil que irrumpió en la región, las suspicacias del nuevo régimen republicano, y el mal de la desilusión. En fin, el entusiasmo menguó, aunque algunos de los más jóvenes persistieron por un tiempo más. En abril de 1894, cuatro años después de su fundación, los últimos colonos dejaron el lugar. Pasado mucho tiempo Giovanni Rossi dirá que ese experimento comunitario no había desaparecido por causa de la escasez de recursos, sino porque se encontraba solo en el mundo: “Si el mundo entero se hubiese vuelto Ceciliano, sostengo que la Colonia Cecilia aún subsistiría”. Lo cierto es que el mundo no era “ceciliano” y menos que menos las cercanías. Considérese que los anarquistas que fallecieron por entonces debieron ser sepultados en terreno improvisado, pues la iglesia católica más adyacente no los aceptó en camposanto. Hasta el día de hoy, a ese solar se le llama “Cemitério dos Renegados”.

Terminaron dispersos. Algunos dejaron huella en la zona, sobre todo en Curitiba, donde florecerían dieciséis periódicos anarquistas en los siguientes veinte años, sin contar los sindicatos. Otros se unieron a las filas de los “maragatos”, puesto que el último año de existencia de la colonia coincidió con el inicio de la “Revolución Federalista”, un intento de independizar a los Estados de Paraná y Río Grande do Sul. La sedición contó con la participación en lucha de un batallón de inmigrantes italianos y de otro de polacos, a los que se sumaron connacionales de la provincia

de Corrientes y seguidores del caudillo uruguayo Aparicio Saravia. De un lado, los maragatos, que eran monárquicos y descentralizadores; del otro, los pica-paus, o sea “chimangos”, republicanos y centralistas. Cuando al fin acabó el enfrentamiento, en 1895, con el triunfo del gobierno central, diez mil hombres habían expirado en los campos de batalla. En esa contienda Giovanni Rossi ofició de médico, con rango de capitán, aunque se negó a usar uniforme y dejó en claro que no se sometía a ninguna autoridad del bando en conflicto, el suyo, el “maragato”, también el perdedor, de modo que tuvo que esconderse por un tiempo. Por cierto, los restos de la Colonia Cecilia aún existen, pero el actual propietario de las tierras no permite visitas.

## “Cacao”

Cuenta Zelia Gattai en sus memorias que la casa paterna era visitada por amigos y conocidos de la colectividad italiana de San Pablo, muchos de ellos de ideas “avanzadas”. Un huésped asiduo era Oreste Ristori, que devino en su mentor literario. Fue él quien le pasó a una Zelia todavía adolescente la novela reciente de un conocido suyo, un muchacho “flaquito, vivo e inteligente” oriundo del norte, de la ciudad de Bahía, aunque por esa época estudiaba leyes en Río de Janeiro. *Cacao*, ese era el título, y era el segundo libro que publicaba en su vida. Pero escribiría más, muchos libros más, en total cincuenta, que fueron publicados en cincuenta países distintos y traducidos a cincuenta idiomas del mundo. Nadie, en la historia de la literatura brasileña, tuvo más éxito que él. Su nombre de pila era Jorge y es el hombre mencionado por Zelia, “con amor”, en la dedicatoria de su *Anarquistas, graças a Deus*.

## El incendio y la plaza

Oreste Ristori, el hombre que prestaba libros a Zelia, era corajudo y determinado, y llevó una vida insurrecta. De joven estuvo entre rejas y

también dos veces confinado, en Diómedes, islote del mar Adriático, y en la isla Pandataria, en el Tirreno. En 1902, ante nueva persecución, se vino clandestino –polizonte– a Buenos Aires, aunque al poco tiempo le sería aplicada la “Ley de Residencia”, o sea que fue eyectado hacia Italia, si bien se escabulló del barco en la escala montevideana. Allí se reencontraría con Orsini Bertani, también expulsado, y con Fortunato Serantoni, el editor de los folletos. Buenos Aires debía gustarle a Ristori, pues por dos veces regresó y cada vez fue nuevamente echado hacia la República Oriental. En 1904 ya está en San Pablo y editando *La Battaglia*, con páginas en italiano y portugués, aunque hubo de languidecer en prisión un año entero por denunciar el hábito de la depravación sexual en los colegios eclesiásticos. En 1916 otra vez se instala en Buenos Aires, guareciéndose bajo el subrepticio nombre de Cesare Montemaggiore, y aquí lanzó *El Burro*, periódico satírico y enfáticamente anticlerical. Atrapado por la policía durante los sucesos sangrientos de la Semana Trágica de 1919 y previo encierro en la isla Martín García, Ristori fue declarado “persona non grata” y despachado a la península itálica pero otra vez saltó por la borda en la rada de Montevideo, esta vez con mala suerte, cayendo a plomo sobre un bote salvavidas. Aunque puesto a salvo por una canoa de rescate aprestada por compañeros, de allí en más hubo de recurrir a un bastón.

De nuevo en San Pablo –1922– Ristori edita un nuevo periódico y funda una escuela libre y promueve el Comitê Antifascista y también hace de pregón en contra de la guerra desatada por el Duce Benito Mussolini contra los abisinios. Según su ficha policial, se lo tenía por entonces como “exaltado, prepotente y temible”, lo cual quería decir que era obstinado e ininterrumpible. No iba a escarmentar. Pero a pesar de tanta andanza y zigzagueo, la vida de Oreste Ristori no fue excepcional, sino lealmente normal dentro de los parámetros de la gran aventura anarquista, lo que es decir la odisea de las ideas que ponen proa hacia

la isla de las sirenas. Cuando en 1936 Getúlio Vargas se hizo con el poder, Ristori fue expulsado hacia su país natal, si bien partiría de inmediato para combatir en la Guerra Civil Española. Vencido su bando, pudo cruzar la frontera francesa, pero el gobierno pro-nazi de Vichy lo entregó a Italia. Quedó confinado en su pueblo y por unos años no fue molestado, hasta el 2 de diciembre de 1943. Ese día, llevado ante un comandante fascista, le dijo “gelataio”, o sea frígido, y entonces fue arrastrado hasta un polígono de tiro y rematado contra un muro junto a otros cuatro compañeros. En San Pablo, hoy, una calle y una plaza llevan su nombre. También en Empoli, la ciudad en la cual Oreste Ristori pasó su infancia, hay una plaza bautizada con su nombre, y eso que, cuando él era adolescente, había puesto incendio al edificio de la municipalidad.

## **Elédda y Aníbal y Giovanni y Jean**

Los hechos están acreditados y la historia es sencilla de contar. Todo comienza en el año 1892, cuando Elédda y Aníbal, unidos en las ideas y en el amor, se incorporan a la Colonia Cecilia. Giovanni Rossi los había conocido meses antes y la chica le había dejado viva impresión. Al tiempo, Giovanni, que andaba por los 35 años de edad, y hablándole a ella “sin artificios”, le solicita tenga a bien aceptarlo como compañero amoroso en igualdad de condiciones que Aníbal, o Annibale, tal como está escrito su nombre –sin apellido– en los registros de la Colonia. Ella, Elédda, en verdad anagrama de Adele –Adele Serventi–, se toma un tiempo para sopesar emociones y meditar respuesta, y también para saber cuál era el parecer y los sentimientos de Aníbal. Luego de saberlo, y habiendo contemplado como único obstáculo el temor de hacerlo sufrir, Elédda, de 33 años, aprueba la invitación y los tres se aclimatan a esta metamorfosis de la pareja clásica. Mucho tiempo había pasado desde 1876, cuando Giovanni Rossi había incluido en su folleto

*La Commune Socialista* este dictamen: “El adulterio es la forma menos digna del amor libre”. Consecuentemente, era preciso hacer lugar a otras formas de “camaradería amorosa”. Pues bien, se necesitaba mucha suerte y una catarsis del tamaño de mil soles superpuestos. Lo intentaron. Los vericuetos y dificultades del suceso contado en *Un episodio de amor en la Colonia Cecilia* pueden haber sido menos idílicos o más lacerantes de lo que se desprende de su lectura, mucho más si se tiene en cuenta que, aunque el hecho no es mencionado, Elédde, o Adele, añadió otro hombre más como pareja suya, un tal Jean Géléac, de origen bretón. Que se sepa, en la Colonia Cecilia, solamente otra mujer hizo lugar a tríos, una chica oriunda de Parma cuyo nombre se perdió en el tiempo y que parece haber apasionado a varios, conformando círculos poliándricos. Lo cierto es que en la colonia había muchos más hombres que mujeres. Cabe consignar que el nombre Adele significa “Ecuánime”; Aníbal, “Señor generoso”; en tanto Jean y Giovanni, que son traslación uno del otro, “Dios se ha apiadado”.

## “¡Qué vergüenza!”

El 11 de mayo de 1896 ocurrió un hecho violento, y según lo informado días después por *La Voz de la Mujer*, periódico redactado por mujeres anarquistas, así fue cómo sucedió:

“Estando nuestro periódico en máquina, tuvimos conocimiento que la compañera Anita Lagouardette presentose, acompañada de otros compañeros, en casa de F. Denambride (su esposo) para pedirle que le entregase sus ropas, pues habiendo terminado su afinidad con él, se retiraba. Pues bien, el pretendido anárquico Denambride solicitó de los acompañantes se retirasen pues tenía que hablar particularmente con ella. Dichos compañeros se retiraron a la puerta de calle, enseguida cinco detonaciones de revólver venían a demostrarnos cómo respeta dicho señor la libertad individual. Por fortuna, de los cinco disparos sólo dos pudieron hacer algo aunque poca cosa, pues las heridas son leves. (...) El proceder de ese individuo no es de anarquista, es de un verdadero burgués

disfrazado, pero burgués despótico y tirano. Si hombres de esta especie pueden llamarse anarquistas y considerarse como tales, ¿por qué no consideran como tales a los burgueses y a los inconscientes que obran de idéntico modo? ¡Qué vergüenza! *La Voz de la Mujer*, como defensora de los ideales del Comunismo-Anárquico y, por lo tanto, de la libertad de la mujer, no tiene por menos de estigmatizar el cobarde atentado contra la libertad y la vida de una compañera. Éstas, pues, no son cuestiones personales sino causas que perjudican la idea”.

O Denambride tenía mala puntería o bien la suerte estuvo del lado de Anita. No mucho más sabemos de este “incidente”, salvo que en esos meses hubo un intercambio público de acusaciones anónimas y no tan anónimas, más bien deplorables, que evidenciaban incubados enconos entre distintas personas, incluyendo Anita Lagouardette, integrante activa de *La Voz de la Mujer*, cuyo lema era “Ni Dios, ni Patrón, ni Marido”, y Francisco Denambride, por entonces de 27 años de edad, siendo ambos, además, miembros del grupo de afinidad “Amor Libre”. No hubo denuncia policial –algo impensable entre anarquistas–, ni tampoco se convocó un “tribunal de honor” para tratar el caso –factible en su propia jurisprudencia–, pues nadie lo pidió. No había forma de justificar el acto bárbaro de Denambride y es probable que, al menos por un tiempo, sus compañeros lo sumieran en un cono de sombra. La cuestión es que todo había terminado mal entre ellos y Anita formó pareja con el tercero en discordia, el exuberante e infatigable Orsini Bertani, también de 27 años, un italiano que había arribado a Buenos Aires en 1894 luego de eludir en Francia una condena a medio año de prisión por “ilegalista”, y también por habersele detenido portando un arma “prohibida”.

Acerca de la anarquista francesa Anita Lagouardette, cuyo nombre de bautismo era Elisa, o bien Eliza, poco se sabe, salvo que siguió a Bertani al Uruguay una vez que éste fuera expulsado del país. Aparece mencionada en las memorias de Julio Camba, arribado clandestinamente a Buenos Aires en 1900. Allí se dice, escueta y quizás apocadamente,

que era “muy guapa”. En cambio, de Orsini Bertani hay mucha más noticia, tanto acerca de sus actividades porteñas como sobre las mucho más importantes que emprendería en el Uruguay. Por lo pronto, Bertani fue miembro destacado de *El Perseguido*, al igual que Denambride, y quizás por el incidente mencionado dejó el grupo en ese año de 1896, llevándose consigo a otros cismáticos hacia el periódico *La Revolución Social*. Según el español Julio Camba, cuyos escritos de la época son apasionados pero también risueños y algo escépticos, Bertani era “un anarquista gordo, barbudo y jovial”. Y no la pasaba mal, pues su padre disponía de medios que el hijo se encargaba de dilapidar en beneficio de sus compañeros de ideas: “La Anarquía es también uno de los paraísos artificiales, y bien vale la pena visitar este paraíso cuando no se dispone de uno natural: la casa de Orsini estaba en él”.

En efecto, Bertani había transformado su vivienda en falansterio, o aguantadero, y Julio Camba allí se hospedó: “Era una madriguera de anarquistas, un foco revolucionario capaz de estremecer al mundo”. Aunque más adelante Camba seguiría su propio camino, acomodándose a la España de Francisco Franco, por entonces escribía con estilete turbulento y burlón. Considérese que a los quince años había publicado una apología del amor libre en un periódico de Marín, un minúsculo pueblo gallego, que ipso facto encajó un anatema lanzado por José María de Herrera y de la Iglesia, Cardenal Arzobispo de Santiago de Compostela y antes de Santiago de Cuba, que portaba estas palabras taxativas: “Se prohíbe a los fieles, bajo pecado grave, suscribirse al semanario referido, como también leerlo u oírlo leer”. En 1902, por aplicación de la Ley de Residencia, tanto Camba como Bertani y unos cien anarquistas más –entre ellos, Oreste Ristori–, fueron expulsados de la Argentina sin más trámite que el de ser previamente medidos y fotografiados en la oficina antropométrica de la Policía de la Capital.

Hoy, Orsini Bertani es el nombre de una calle montevideana,

mercidamente, pues en esa ciudad tuvo librería y editorial propia, y en ella publicó a casi todos los autores uruguayos significativos de la época, y además, en algún momento, se hizo seguidor del líder colorado José Batlle y Ordóñez, por dos veces presidente oriental, una tentación que no fue ajena a otros compañeros suyos. Además de la casa editora que llevaba su propio nombre y de su Librería Moderna y de la subsiguiente Librería Florencio Sánchez y de su revista *La Pluma*, Bertani también fue propietario de una sala de cine, el “Biógrafo Excelsior”. Cuando murió, Anita Lagouardette aún estaba a su lado. Fue enterrado en el panteón de la Augusta Logia Masónica “Les Amis de la Patrie”, de la cual alguna vez Giuseppe Garibaldi fue Venerable Maestro.

Más adelante en el tiempo, un nieto suyo dirá: “A los sueños de mi abuelo los cristalizó Perón”. Era Piero Bruno Hugo Fontana Bertani –así lo bautizó su madre Orsolina–, más conocido como Hugo del Carril, apodo artístico de cantante, actor y cineasta. Y quizás alguna vez sus actuaciones y filmes terminen retrotraídos en el olvido, pero no así su voz, pues fue el primer hombre en grabar en disco la Marcha Peronista, la versión más frecuentemente soltada al aire hasta el día de hoy, si se exceptúan a los millones que todavía la cantan a capella y porque sí. En 1976, ante nuevo golpe de estado y a medio siglo de haberla registrado en pasta para la gran masa del pueblo, de nuevo le fue prohibido cantarla en público. Su nombre había quedado estampado en una “lista negra” y conste que el primer periódico anarquista que se editó en la Argentina, en 1879, se llamó “El Descamisado”, y que la tinta con la que se imprimía era roja.

En lo que concierne al carpintero Francisco Denambride, poco rastro quedó de él. Se sabe que estuvo activo en la zona de Santa Fe hacia 1887, que en 1890 era miembro del periódico *El Perseguido*, que en 1893 lo expulsaron de la Argentina y que regresó poco después, que se integró al grupo La Expropiación y por lo tanto fue uno de los editores

de estos folletos, y que tuvo una hija con María, su compañera, a la que bautizaron Anarquía, y que esta niña se fue de este mundo pequeña aún, casi sin haber entrado en él.

## Cupido total

Al igual que otros redentores de los sentimientos que aparecieron por la época, Giovanni Rossi descreía que matrimonio y amor pudieran ser sinónimos. Eso, bien podía ser una superstición. La oquedad de sustancia en la vida del hogar era, en el siglo XIX, un tema callado que tendría un largo porvenir. Lo existente podía mostrar una fachada de credibilidad, pero en los interiores el “mal de la insatisfacción” hacía su trabajo de zapa, y tanto la hipocresía y la insinceridad, en lo que concernía a la sociedad conyugal, como el “tedio vital” espesándose en estuches domésticos, perturbaban a los personajes de muchísimas novelas y folletines de entonces. Con clarividencia, Rossi vislumbró el devenir de la cuestión: “Así como las relaciones económicas fueron la cuestión del siglo XIX, del mismo modo las relaciones afectivas serán tal vez la cuestión palpitante del siglo XX”. Le preocupaba, en especial, el suplicio del amor en las uniones convencionales, y comprendió que para hacer menguar la tasa de desdicha en el mundo era preciso suspender el ansia de posesión y habilitar otras figuras y combinaciones, y para eso la monogamia no era de gran ayuda.

A la fuente del problema la encuentra Rossi en el engarce matrimonial mantenido en el tiempo una vez que su móvil original ha quedado definitivamente estático. Secuela probable es el infortunio emocional, reforzado además por la mutua anulación de la libertad. Al cohibirse el ansia de riesgo vital y concederse plenos poderes a la gestión impecable de la firma familiar el buen querer acaba por marchitarse o se vuelve formalidad, y eso en el caso de que el vínculo, por prevalencia de intereses, no devenga inmoral en sí mismo. Para estos entusiastas del

amor libre una eventual distensión de las correas –separaciones, divorcios, reinventiones de identidad– no aboliría el armazón. Sólo dejaría vía libre a la sustitución rotativa de candidatos o cónyuges hasta dar con el mejor modelo posible en plaza, o bien sus saldos. Pero si el cálculo prevalece sobre gustos y caprichos del carcaj de Cupido siempre sale una y la misma flecha que declina antes de llegar al blanco. Era la convención en sí misma, y no su mayor o menor rigidez, el problema: “La hipócrita moral logrará alguna vez condenaros a un ridículo martirio, pero las más de las veces destruirá la substancia de la monogamia y conservará de ella solo la forma”. También la sexual, de la cual la alegría de índole erótica es la primera en huir.

Restaría el recurso a la infidelidad, pero Giovanni Rossi desconfía de este fuero subrepticio de la cultura burguesa, un menoscabo en el encuentro de libertades. Si efecto del disgusto por aquello en que se ha convertido la persona, o bien boqueadas por “oxígeno”, la infidelidad puede devenir en “consumo humano”, unilateral o mutuo. Por el contrario, Rossi encuentra que el amor libre es “protesta de la naturaleza”, sino una de sus leyes, pero nunca “vulgar comedia”. Si consignas de esta suerte ya habían valido a los anarquistas la atribución de ser “enemigos de la familia”, Rossi las lleva un paso más allá, hacia círculos amativos superpuestos de distinta intensidad. Al encadenamiento de pareja, eventualmente sucesivas, Rossi opone los amores múltiples. Esa es su disyuntiva. En un mundo donde la monogamia ocuparía solo el lugar de excepción, regiría entonces “un múltiplo y contemporáneo enlace de afectos, por todos deseado, de nadie temido”. La Colonia Cecilia era, idealmente, el lugar que podía amparar esa experimentación amorosa, pero el proyecto de un claustro propio donde foguearse en epifanías del alma y la carne no era una rareza en el siglo XIX. Había habido, y habría más, comunidades de “camaradería amorosa” implantadas aquí o allá, a veces por sectas políticas o religiosas, y otras

por afines que pretendían vivir queriendo bien: “Esa mezcla apetitosa de voluptuosidad, sentimiento e inteligencia”. Bueno, como suele decirse, lo que vale es la intención.

Rossi recurre al término “amor libre” y lo prefiere a otros que le resultan aún insuficientes, como “amor complejo”, “maridaje comunal”, “poliandria poligámica” o “abrazo anarquista”, incluso por sobre su acuñación favorita, un tanto esotérica: “beso amorfista”. ¿Cuánto de esta prédica era atendida en la Colonia Cecilia? Algo debían escucharlo —era el impulsor de la iniciativa—, pero la fuerza de la convención y el temor al sufrimiento serían más poderosos y ya bastante tenían con intentar sobrevivir en lugar tan remoto. Más adelante, reflexionando sobre lo sucedido, Giovanni Rossi escribió que la posibilidad del amor libre dependerá de una rebelión femenina contra el casamiento, conjetura que sigue siendo incierta. Alguna otra vez pensó en rehacer la comuna en la selva del Matto Grosso, en la suposición de que las indígenas, incontaminadas aún por la civilización europea, aceptarían el amor libre sin tanto prejuicio. Por el momento, año 1894, la Colonia Cecilia que tanto había esperanzado a Giovanni Rossi ya no existía más.

No podía saber él que, pasando el tiempo, la nieta de un colono contaría los hechos sucedidos; que alguien publicaría un estudio histórico, y otro, una novela; que se filmaría una película en Francia y otra en Italia y que la historia llegaría a formato de serial televisivo en el Brasil, en 1989, y para entonces un siglo entero había hecho su paso de danza. En verdad, la colonia Cecilia daría frutos en abundancia, incluyendo obras de teatro, documentales, canciones, programas televisivos, tesis universitarias y hasta un simposio entero, sin contar las sucesivas y actuales reimpresiones de aquel folleto de 1893. Al menos este detalle de la Historia no pudo ser engullido por el monstruo del olvido. Acerca del propio Giovanni Rossi, se sabe que permaneció un tiempo en el Brasil, que trabajó como profesor de agronomía en Taquari, Blumenau

y Florianópolis, que en 1907 regresó a Italia, que siguió manteniendo vínculos con círculos anarquistas aunque un poco de lejos, y que al fin se instaló en Pisa, donde moriría casi nonagenario. No se sabe si Adele Serventi murió antes o después, en todo caso fue allí también, pues había regresado a Italia junto con él y una hija, Ebe Cecilia. Otra, Pierina, falleció en el Brasil, todavía bebé. Un 9 de enero de 1943 Giovanni Rossi se fue de este mundo, y casi medio siglo después, el 17 de mayo de 2008, Zelia Gattai también. Al mes siguiente la Municipalidad de Palmeira, por decreto número 2737, instituyó el día 1º de abril como “Día de la Colonia Cecilia” a ser festejado en toda la comarca.

## La silla 23

La Academia Brasileira de Letras, fundada en 1897, consta de cuarenta sillas, y en cada una de ellas se han ido alojando sucesivos escritores escogidos por pares ya apoltronados. De modo que el ocupante actual siempre sustituye en la silla al cadáver del antecesor, quien a su vez lo hizo con el anterior, y así hasta llegar al primero de todos, uno de los fundadores. Además, cada asiento asume el nombre de un “patrono”, un escritor previo al establecimiento de la Academia, o sea un precursor. Quienes toman asiento son llamados “Inmortales”. Zelia Gattai ocupó, en el año 2002, la silla número 23. Su predecesor inmediato en el puesto había sido su difunto esposo, Jorge Amado, el hombre con quien compartió cincuenta y seis años de vida en común.

Zelia fue la sexta mujer en ser admitida. La primera, en 1977, se llamó Rachel de Queiroz y era descendiente de la familia de José de Alencar, el hombre que al principio de todo había sido designado patrono de esa silla 23, y que, amén de escritor célebre, fue diputado por el Estado de Ceará y asimismo ministro de Justicia, de cuando Brasil todavía era Imperio y no República. Y por cierto que el libro que hizo conocido a José de Alencar ante el gran público fue la novela *O*

*Guaraní*, publicada en 1857 y transformada en ópera en 1870 por Carlos Gomes, aquel compositor que fungió de puente entre el anarquista Rossi y el emperador Pedro II. Alencar había nacido en 1829, fruto de una relación más bien ilegal entre un senador vitalicio y gobernador del Estado de Ceará con una prima suya de sólo trece años de edad. También novelista, y poeta, y asimismo miembro de la Academia de Letras, en silla 21, fue el único hijo de José de Alencar, bautizado Mário Cochrane de Alencar, alias “John Alone”, aunque, según se dice, su verdadero padre habría sido Machado de Assis, por cierto buen amigo de Alencar.

Joaquim Maria Machado de Assis, nieto de esclavos libertos y auténtico patriarca de las letras brasileñas, fue el primer ocupante efectivo de la silla 23, y también, por unánime aclamación, primigenio presidente de la institución. Diez años antes de asumir tal alto cargo, bajo gobierno republicano, Machado de Assis había sido condecorado con la “Orden de la Rosa”, cuya divisa era “Amor y Fidelidad”, y que premiaba los actos de lealtad al emperador Pedro II. También fue su Director de Comercio Interior y subdirector del periódico oficial del reino. Lo sucedió en la silla, en 1908, Lafayette Rodrigues Pereira, de padre barón y madre baronesa, autor de obras de derecho y más recordado por haber sido Primer Ministro y ministro de Justicia y asimismo de Hacienda y antes aún gobernador de los estados de Ceará y de Maranhão, y al fin senador. A su muerte, en 1917, le tocó el turno al crítico literario Alfredo Pujol, asimismo diputado federal y secretario de gobierno y autor de un libro de homenaje a la memoria de Marie François Sadi Carnot, el presidente de Francia a quien el anarquista Santo Caserio, en 1894, el año final de la Colonia Cecilia, le embutió un puñal en el pecho. El mango del arma blanca estaba forrado en rojo y negro y el acto en sí mismo procuraba vengar la ejecución anterior de Ravachol. Y Sadi Carnot murió, y también murió Santo Caserio, pero en la guillotina. Pudo

haberse salvado, si hubiera aceptado “dar nombres”, pero no: “Caserio es un panadero, nunca un delator”.

Luego, en 1930, y por los siguientes treinta años, quien se aposentó en la silla 23 fue Octavio Mangabeira, nacido en San Salvador de Bahía, capital del Estado del cual llegaría a ser gobernador electo. También fue diputado y senador y ministro de Relaciones Exteriores. En verdad, Mangabeira, apenas nombrado académico, se vio forzado al exilio, de modo que recién tomaría asiento en 1934, y nuevamente tuvo que dejar la silla vacía durante cinco años, ante nuevo destierro infligido por el presidente Vargas. Si bien arrellanarse tres décadas en una silla era todo un récord, eso fue superado por el siguiente ocupante, Jorge Amado, alguna vez diputado federal por el Partido Comunista, que se quedó en ella por largos cuarenta años, desde 1961 hasta el 2001. Al año siguiente, y después de tanto escritor metido en alta política, la silla le fue otorgada a Zelia Gattai, mujer que jamás ocupó un cargo público. Habiendo nacido en 1916, se fue de este mundo en el 2008, y ellos dos, Zelia y Jorge, son los únicos “Inmortales” que están enterrados juntos, en un cementerio de San Salvador de Bahía de Todos los Santos.

## **“Extraordinaria batalla librada entre el espíritu y la materia”**

Cuando en 1978 se estrenó *Doña Flor y sus dos maridos* en Buenos Aires, la película brasileña pasó a ostentar el récord argentino nunca superado en cantidad de cortes de censura, no menos de cuarenta. Por momentos no se entendía nada de lo exhibido en la pantalla. Si bien el espectador local siempre estuvo habituado a los “tijeretazos”, el ensañamiento no parecía tener justificación en este caso. La película no era especialmente pródiga en libidinosidades ni traía adosado mensaje político específico, y la novela en que estaba basada podía ser comprada en las librerías porteñas desde dos años antes. Pero lo cierto es que existía el delito de bigamia y la película era poco menos que su

apología. Todavía en 1983 – en el último año de la dictadura –, a pocas semanas de su estreno en el Metropolitan, la versión teatral de Doña Flor fue prohibida, y tanto el director de puesta en escena como los actores y el cuerpo de baile completo terminaron en la justicia, procesados bajo carátula de “Espectáculo Obsceno”. Dado que el actor principal, en determinado momento de la obra, se daba un paseo desnudo por la platea cubriéndose apenas con un sombrero, el juez ordenó a la división Moralidad de la Policía Federal el secuestro del sombrero. Era la “prueba del delito”. Bien, estas cosas ocurrieron.

La novela preexistía en veinte años a la película, y su autor, Jorge Amado, tenía ya varias otras obras adaptadas al cine, pero el éxito descomunal y mundial de la película –tan solo en Brasil la vieron 10 millones de espectadores, y es la más taquillera hasta ahora– ha de haber dejado alhelados al director, Bruno Barreto, de tan sólo veinte años de edad, como al novelista, ya sesentón. Si bien la película hizo multiplicar las ventas del libro, y también las reediciones, que ya pasan de cincuenta, también obturó su lectura. De allí en más casi cualquiera sabría cuál era el argumento sin necesidad alguna de leer la novela. Un poco más y la película hace desaparecer al autor. Pero no sucedió así, Jorge Amado ya tenía renombre y ocupaba silla en la Academia, de modo que el film sólo le potenció la fama, puesto que se hicieron numerosas versiones para teatro así como un serial para televisión de veinte capítulos y también una “remake” estadounidense –*Kiss Me Goodbye*– estrenada en España con el simpático título *Bésame y Esfúmate* y en el continente sudamericano con el no menos desafortunado *Mi Adorable Fantasma*. Tampoco la encantadora y pizpireta película era capaz de condensar los muchos aspectos de la vida popular de Bahía tratados en la novela, que así comienza: “Esotérica y conmovedora aventura vivida por Doña Flor, profesora de arte culinario, y sus dos maridos. Uno, el primero, apodado Vadinho; otro, el segundo, el farmacéutico Dr. Teodoro

Madureira. Extraordinaria batalla librada entre el espíritu y la materia”.

La trasposición del suceso acaecido sesenta años antes en la Colonia Cecilia, que Zelia Gattai ha de haber contado a su esposo, a una versión un poquito más sublimada, puede presumírsela, una resolución socialmente aceptable del improbable equilibrio en la vida real. Café cargado, sin duda, pero bebible. En todo caso, el libro *Doña Flor y sus dos maridos* le está dedicado a Zelia Gattai y la trama de la novela sucede en los años '40, época en que Jorge Amado conoció a Zelia. Para entonces ya había pasado una década desde la vez que Oreste Ristori, el anarquista, le prestara a ella un libro del aún poco conocido escritor de Bahía, y ahora éste mismo acababa de ser electo parlamentario por el Partido Comunista. En 1947, al año de haberse encontrado Jorge y Zelia, las actividades comunistas fueron proscritas y el diputado Amado despojado de su mandato. De modo que la pareja hubo de partir, por cinco años, al exilio francés y checoslovaco. Él, antes, ya había conocido el destierro en Argentina y el Uruguay.

En cuanto a la trama de la novela, cuenta la historia de Florípedes Paiva, que ha quedado viuda tras el súbito deceso de su marido en pleno carnaval y vestido de bahiana. El difunto –Vadinho– era juerguista, mujeriego, haragán, timbero, sableador, embustero y desde ya irresponsable y hasta golpeador, pero ella lo quería, porque también era gracioso, entrador, engatusador, pícaro y audaz, y además “machazo”. En virtudes, era imbatible. Ave nocturna, no marido, o más bien esposo ideal –para las otras. Pasado un tiempo de tristeza y de no pensar en rehacer su vida, Doña Flor acepta las atenciones de un pretendiente y se casa con él. Es el Dr. Madureira, consorte atento, respetuoso, trabajador, servicial y previsible, de los de todos los días. En cuanto a ella, Doña Flor es propensa a la autocontención y el recato, pero no siempre. La cuestión es que hete aquí que el caradura de su ex marido se le aparece bajo forma de fantasma y en calidad de tal pretende retomar

el vínculo matrimonial, en particular su faz ardorosa. Luego de intentar ahuyentarlo –un par de veces– a ella se le vuelve cuesta arriba resistir, y entre tanto va y viene y ya que estamos al final decide convivir con los dos. Bueno, como se dice en el Brasil: “Ótimo”. La frase final del libro es la siguiente: “Y aquí se da por terminada la historia de Doña Flor y sus dos maridos, narrada en todos sus pormenores y con todos sus misterios, clara y oscura como la vida. Todo esto sucedió realmente, créalo quien quisiere”.

## **Osario común**

¿Cómo habrá llegado ese tomo encuadernado hasta esa librería de viejos y usados? Ya no es posible saberlo. A los osarios comunes son arrojados los muertos que nadie reclama, los soldados sólo conocidos por Dios, los apestados mantenidos a distancia, y los hombres y mujeres demasiado abatidos o abandonados. Lo cierto es que los folletos encuadernados en papel veneciano habían pertenecido a Francisco Denambride, quien, además, los editó, allá por 1895. A la muerte del propietario el tomo ha de haber pasado a manos de la familia, o quizás de algún compañero, o quedó subsumido en algún baúl clausurado durante tiempo indefinido junto a otros libros y papeles cuyo motivo de congregación muy pocos, acaso sólo él, podrían haber reconstruido. Por eso se publican tal como fueron encontrados y según el orden elegido por su dueño y editor.

## Referências bibliográficas

- AMADO, Jorge (1976). *Doña Flor y sus dos maridos*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- ARMAND, Émile (seudónimo de Ernest-Lucien Juin) (1925). *Amor libre y sexualismo subversivo. Variaciones sobre la voluptuosidad*. Valencia: Biblioteca Editorial Generación Conciente, sin fecha de edición (edición original en francés).
- \_\_\_\_\_ (1934). *La camaradería amorosa*. Buenos Aires, Casa Editora Biblioteca Sarmiento, sin fecha de edición (edición original en francés).
- CAMBA, Julio (2014). “¡Oh, justo, sutil y poderoso veneno!”. *Los escritos de la Anarquía* (edición al cuidado de Julián Lacalle). Logroño: Editorial Pepitas de Calabaza.
- GATTAI, Zelia (1981) *Anarquistas, gracias a Dios*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- IÑIGUEZ, Miguel (2001). *Esbozo de una enciclopedia histórica del anarquismo español*. Madrid: Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo.
- MELLO NETO, Cândido (1998) *O anarquismo experimental de Giovanni Rossi. De Poggio al Mare à Colônia Cecília*. Paraná, Universidade Estadual de Ponta Grossa.
- OVED, Iacov (1978) *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*. México, Editorial Siglo XXI.
- RODRIGUES, Edgar (1994-1995). *Os companheiros*. Volúmenes I y II. Río de Janeiro: VJR Editores Associados.
- SOUZA, Newton Stadler de (1970). *O anarquismo da Colônia Cecília*. Río de Janeiro: Editora Civilização Brasileira.
- La Voz de la Mujer. Periódico Comunista-Anárquico* (1997). Edición facsimilar. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes.
- ZARAGOZA, Gonzalo (1996). *Anarquismo argentino. 1876-1902*. Madrid: Ediciones de la Torre.